



## Miradas

Hace 25 años...

# Genocidio en Ruanda

## Mil colinas

El sol sobre el horizonte, el silencio del atardecer, la suave brisa que anima el verdor de las “mil colinas” y la sugestiva belleza de los contornos se amalgaman y se yuxtaponen para componer la forma de una particular fotografía. Se proyecta la singularidad de una tierra que se muestra prodigiosa. Sin embargo, este incuestionable esplendor se disuelve y desintegra bajo el peso del más grave genocidio ocurrido tras la Segunda Guerra Mundial.

## Atentado

El 6 de abril de 1994, el avión en el que viajaban el presidente de Ruanda, Juvénal Habyarimana, y el presidente de Burundi, Cyprien Ntaryamira, fue derribado por dos misiles de los cuales se desconoce, al día de hoy, su origen. Tanto uno como el otro pertenecían a la “etnia” hutu. Los sucesos posteriores ocurren con la rapidez y la potencia de un ingobernable rayo: en un atentado muere la primera ministra Agathe Uwilingiyimana y comienza la matanza de quienes son identificados como tutsis.

En poco más de tres meses, son asesinadas casi un millón de personas.

Lejos del símbolo primitivo o rudimentario que lleva en su sello el machete, principal arma utilizada en el genocidio, las acciones se llevaron a cabo con una gran organización que recuerda a otras maquinarias de exterminio de la modernidad. En particular, el acto de degradación y deshumanización de las víctimas que encuentra un preciso correlato con la degeneración racial puesta en juego durante el Holocausto y, también, con la calificación de “maruta” –troncos de madera, materia prima– para definir a los chinos sometidos a crueles experimentos médicos realizados en Manchuria tras la invasión japonesa de 1937. En Ruanda, la radio llamaba a la eliminación de las “cucarachas”, refiriéndose a los tutsis. Hay, en este genocidio, una característica particularmente cruenta: víctimas y victimarios se disuelven, por momentos, los unos con los otros, incluso dentro de una misma familia.

Allí, no hubo ojos que mirasen la forma de las muertes y de las mutilaciones ni hubo oídos que escucharan los dolores y los clamores, aunque hubiesen visto los cuerpos y sentido los sonidos.

A la tragedia anunciada en Ruanda no se la quiso detener.

### **El corazón de las tinieblas**

En el relato sobre su viaje al Congo en busca de un tal Kurtz, el marino Charlie Marlow comenta un escrito que aquel enigmático oficial colonial hizo para revelar sus más profundas convicciones sobre el África:

Más tarde supe que la Sociedad para la Supresión de las Costumbres Salvajes le había confiado, con gran acierto, la elaboración de un informe que les serviría de guía en el futuro. [...] Empezaba argumentando que, dado el grado de desarrollo que nosotros los blancos habíamos alcanzado, «debe parecerles [a los salvajes] que nuestra naturaleza es de índole sobrenatural, nos acercamos a ellos revestidos de los poderes de un Dios», y así continuaba..., «mediante el simple ejercicio de nuestra voluntad podemos disponer de un poder prácticamente ilimitado y orientado a la consecución del bien», etcétera, etcétera. A partir de ese punto, el tono se elevaba y me vi arrastrado por él. El discurso era magnífico, aunque difícil de recordar. Hizo que imaginara una exótica Inmensidad gobernada por una Augusta Benevolencia y que me estremeciera entusiasmado. Era el poder ilimitado de la elocuencia, de las palabras, de las nobles y ardientes palabras.

No había ninguna indicación práctica que interrumpiera el mágico torrente de frases, a no ser que una especie de nota al pie de la última página, evidentemente garrapateada con mano insegura mucho más tarde, pudiera considerarse la explicación de un método. Era muy sencilla y, después de aquella llamada a todo tipo de sentimientos altruista, brillaba ante uno como un relámpago en un cielo sin nubes: «Exterminar a todos los salvajes».<sup>1</sup>

Joseph Conrad, inspirado por la figura del oficial colonial belga Léon Rom, creó a Kurtz, cruel protagonista de su novela *El corazón de las tinieblas*, y sobre quien Sven Lindqvist nos ofrece la siguiente reflexión:

¿Por qué concluyó Kurtz su informe acerca de la empresa civilizadora del hombre blanco en África con estas palabras? ¿Qué significaban ellas para Conrad y para sus contemporáneos? ¿Por qué las subrayó Conrad como síntesis de toda la retórica ampulosa sobre las responsabilidades de Europa sobre los pueblos de otros continentes?

Pensé que tenía la respuesta a esta pregunta cuando en 1949 leí por primera vez *El corazón de las tinieblas*. Detrás de las “sombras negras de la enfermedad e inanición”, en el “bosquecillo de la muerte” vinieron a mi mente los demacrados sobrevivientes de los campos de concentración alemanes que habían sido liberados unos pocos años antes. Leí a Conrad como un autor profético que había previsto todos los horrores que tendría lugar con posterioridad.

Hannah Arendt lo comprendió mejor. Ella entendió que Conrad escribía sobre los genocidios de su propio tiempo. En su primer libro *Los orígenes del totalitarismo* (1951), demostró que el imperialismo necesitaba del racismo como la única excusa posible de sus actos. “Muchos de los elementos que, reunidos, podían crear un gobierno totalitario sobre la base del racismo estaban frente a las narices de todos”.

---

<sup>1</sup> Conrad, J. (2013). *El corazón de las tinieblas*. Barcelona: Literatura Random House, pp. 182-184. (Primera edición: 1899).

Su tesis, que el nazismo y el comunismo tenían el mismo origen, es recordada por todos. Sin embargo, muchos olvidan que ella también consideró a las “terribles masacres” y a los “salvajes asesinatos” de los imperialismos europeos como responsables de la “instauración triunfal de tales métodos de pacificación como políticas exteriores comunes y respetables”, engendrando así el totalitarismo y el genocidio. [...]

...La expansión mundial europea, acompañada, como lo fue, por una desvergonzada defensa del exterminio, creó hábitos de pensamiento y sentó precedentes políticos que abrieron paso para nuevas atrocidades, culminando finalmente en el más horroroso de todos ellos: el Holocausto.<sup>2</sup>

Lindqvist publicó su obra en 1992. Una edición más tardía lo hubiese obligado a considerar como legado de aquel pensamiento colonial no solo al Holocausto, sino también al genocidio ocurrido en Ruanda. Cuando los hutus arremetieron con el filo del acero contra los tutsis, espoleados y coordinados por mensajes radiales de la emisora “Mil Colinas”, tomaban para sí mismos aquel testimonio colonial del cual habían sido víctimas y eran ahora sus ejecutores. El odio se acumulaba desde la época de la dominación belga; en ese entonces, los tutsis eran mejor vistos por el gobierno extranjero que, para diferenciarlos, había creado un documento que decía a qué etnia pertenecían. Esos papeles son los que, probablemente, expliquen la efectividad asombrosa de la matanza. De otra forma, hubiese sido muy difícil, si no imposible, discriminar a unos de los otros.

Las advertencias del Brigadier General Roméo Dallaire (Canadá), comandante de la UNAMIR (Misión de Asistencia de las Naciones Unidas para Ruanda), no fueron escuchadas. Cuando el gobierno belga intervino, lo hizo solo para salvar a sus propios ciudadanos, abandonando a su suerte a los tutsis ruandeses. Este hecho se relata en *Hotel Ruanda*<sup>3</sup>, película que, sin embargo, glorifica al Frente Patriótico Ruandés (tutsi) negando sus posteriores matanzas que serán consideradas como un segundo genocidio por la ONU. Francia intervino demasiado tarde y de forma dudosa. En el juego geopolítico, ofreció su apoyo al activismo hutu. Estados Unidos creó la figura de “actos de genocidio” –en vez de genocidio– para calificar lo que ocurría y así evitar que la ONU interviniese de forma activa. Al igual que Bélgica, solo actuó para evacuar a sus ciudadanos mientras ofrecía su apoyo al Frente Patriótico Ruandés.

---

<sup>2</sup> Lindqvist, S. (2004). “*Exterminad a todos los salvajes*”. Madrid: Turner, pp.13-15. (Primera edición: 1992).

<sup>3</sup> *Hotel Ruanda* [*Hotel Rwanda*], de Terry George (2004).

Los testimonios de las víctimas y de los victimarios desnudan las consecuencias de la inacción de las viejas potencias coloniales:

Sabíamos que nuestros vecinos Tutsis no eran culpables de nada, pero todos eran culpables de nuestros problemas. Aunque los conociéramos individualmente, se habían convertido en una amenaza mayor por ser quienes eran. Por eso había que matarlos. *Perpetrador*

Durante el día corríamos y por la noche nos escondíamos en cualquier casa. Pero los asesinos tenían machetes y pistolas. Vi como mataron a muchos, les cortaban el cuello o los acribillaban a balazos. A uno lo colgaron en la escuela para que todo el que pasaba lo viera.

*Teddy*

Había matado a tanta gente que ya no le daba importancia. Pero desde el primero hasta el último que maté, no me arrepentí ni una sola vez.

*Perpetrador*

La crueldad de las matanzas era tan indescriptible que los Hutus tenían la costumbre de asesinar a los niños Tutsi delante de sus padres cortándoles los brazos, uno detrás de otro, después los degollaban con el machete, dejándolos desangrarse lentamente para cortarles sus genitales mientras aún vivían y arrojárselos a sus aterrorizados padres, quienes eran asesinados después sin más ceremonia.

*Roméo Dallaire, General de ONU<sup>4</sup>*

Para penetrar con profundidad en el alma de estas confesiones, hemos de regresar a la historia colonial de África. En la introducción al libro *El fantasma del rey Leopoldo*, Mario Vargas Llosa sostiene:

Es una gran injusticia histórica que Leopoldo II, el rey de los belgas que murió en 1909, no figure, con Hitler y Stalin, como uno de los criminales políticos más sanguinarios del siglo XX. Porque lo que hizo en África, durante los veintiún años que duró el llamado Estado Independiente del Congo (1885 a 1906) fraguado por él, equivale, en salvajismo genocida e inhumanidad, a los horrores del Holocausto y del Gulag.

---

<sup>4</sup> Jurkiewicz Ender, A. y Wang, D. (comp.) (2016). En Ruanda. *Cuadernos de la Shoá*, (6), pp. 113-116.

A quienes creen que exagero, y al resto del mundo, ruego que lean a Neal Ascherson (*The King Incorporated: Leopold the Second in the Age of Trusts*) [...]. Así tendrán una noción más concreta y gráfica de los estragos del colonialismo y serán más comprensivos cuando se escandalicen con la anarquía crónica y las galimatías políticas en que se debaten buen número de repúblicas africanas.<sup>5</sup>

Confirma su perspectiva a través de las ideas y el testimonio que le propone la obra de Joseph Conrad:

...La clásica interpretación de Kurtz era la del hombre de la civilización al que un entorno bárbaro barbariza; en verdad, Kurtz encarna al civilizado que, por espíritu de lucro, abjura de los valores que dice profesar y, amparado en sus mejores conocimientos y técnicas guerreras, explota, subyuga, esclaviza y animaliza a quienes no pueden defenderse. Según Adam Hochschild, el modelo que tuvo en mente Conrad para el enloquecido Mr. Kurtz fue uno de los peores agentes coloniales de la Compañía del rey belga, un tal capitán Rom, que, como el héroe de la novela, tenía su cabaña congoleña cercada por calaveras de nativos clavadas en estacas.

Leopoldo fue una inmundicia humana; pero una inmundicia culta, inteligente y, desde luego, creativa. Planeó su operación congoleña como una gran empresa económica-política, destinada a hacer de él un monarca que, al mismo tiempo, sería un poderosísimo hombre de negocios internacional, dotado de una fortuna y una estructura industrial y comercial tan vasta que le permitiría influir en la vida política y en el desarrollo del resto del mundo. Su colonia centroafricana, el Congo, una extensión de tierra tan grande como media Europa occidental, fue su propiedad particular hasta 1906, en que la presión combinada de varios gobiernos y de una opinión pública alterada sobre sus monstruosos crímenes lo obligó a cederla al Estado belga.

[...] por uno de esos misterios que convendría esclarecer, lo que todo ser humano medianamente informado sabía sobre él y su negra aventura congoleña en 1909, cuando Leopoldo II murió, hoy en día se ha eclipsado de la memoria pública. Y ya nadie se acuerda de él como lo que en verdad fue.

---

<sup>5</sup> Hochschild, A. (2017). *El fantasma del rey Leopoldo. Una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*. Barcelona: Malpaso, p. 9. (Primera edición: 1998).

En su país, ha pasado a la anodina condición de momia inofensiva, que figura en los libros de historia, tiene buen número de estatuas, un museo propio, pero nada que recuerde que él solo derramó más sangre y causó más destrozos y sufrimiento en África que todos los cataclismos naturales, dictaduras y guerras civiles que desde entonces ha padecido ese infeliz continente. ¿Cómo explicarlo? Tal vez no solo la pintura, sino también la historia tenga un irresistible sesgo surrealista en el país de Ensor, Magritte y Delvaux.<sup>6</sup>

## Memoria

El genocidio en Ruanda abre una fisura en el terreno demarcado por el juego de la memoria. Una y otra vez, se reclama por el ejercicio del recuerdo como una lección de la historia y como modo de redención de las víctimas. Sin embargo, no son pocas las veces que esas mismas víctimas son honradas de forma tal que su remembranza se constituye en un modo petrificado del pensamiento en el que la posibilidad del acto se desintegra y se deshace. No es dable la reflexión, el análisis, el entendimiento. Las víctimas son llevadas a un lugar sacro de reverencia sobrehumana, donde parecen quedar fuera de la propia historia. ¿Hemos aprendido de los genocidios del pasado?

---

<sup>6</sup> Ibídem, pp. 9-13.

**Eduardo Wolovelsky.** (2019). 1994. Genocidio en Ruanda. Revista Scholé 2019 (2), sección Miradas. Recuperado de [schole.isep-cba.edu.ar/1994-genocidio-en-ruanda/](http://schole.isep-cba.edu.ar/1994-genocidio-en-ruanda/)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).